

SUCESOS QUE APASIONAN

El domingo por la tarde quedaron en libertad Florencia Sotos y Francisco Azaña

Al salir de la cárcel el primer periodista que los interrogó fué un redactor de HOY En la puerta de la prisión.--Los libertados fueron conducidos al domicilio de Manuel Azaña, en el auto que llevaba nuestro compañero, acompañados de éste.--Escena emocionante al llegar a la casa.--Francisco Azaña y Florencia Sotos hacen para HOY sus primeras declaraciones

LAS INFORMACIONES DE "HOY"

Este periódico, tan pronto como la muerte de Josefa Portero tuvo las derivaciones de todos conocidas, procuró, desde el primer instante, servir a sus lectores una relación de hechos que, debidamente contrastados—el contraste posible en estas informacio-

LA TARDE DEL DOMINGO

Durante todo el día del domingo los redactores de HOY estuvieron en plena actividad. Conocedores de que era un día decisivo para que el Juzgado tomara una determinación, por cumplirse las setenta y dos horas de la detención, no descansaron un momento,

diputado socialista por Albacete, señor Pabra Rivas, que se encontraba en la prisión visitando a los detenidos con motivo de los sucesos de Alcáez.

En la puerta de la cárcel había dos jóvenes puleramente vestidos. En el semblante de ambos se notaban huellas de profunda amargura. Preguntamos:

—¿Son ustedes de la familia de los detenidos?

Uno de ellos nos contesta rápido a nuestra pregunta:

—Sí, señor. Yo soy hermano de Azaña. Aquí, mi cuñado.

El hermano del detenido se llama Manuel Azaña, vive en el número 3 de la calle de la Cava y es sastre de profesión. El otro joven que le acompañaba, se llama Aurelio Martínez.

Al poner de manifiesto nuestra calidad de periodistas, preguntan con ansiedad:

—¿Sabe usted si los van a poner hoy en libertad?

Nosotros, que no podemos contestar afirmativamente aún, procuramos calmar la natural ansiedad del hermano, que en la conversación con nosotros deja escapar sus lágrimas de amargura. Son lágrimas para el hermano que considera inocente, y lágrimas para la madre que también está en una celda de la prisión.

—¡Madre mía!

Es el grito que deja escapar de vez en vez mientras se lleva el pañuelo a los ojos para enjugar una lágrima. Y añade:

—¡Qué días! ¡No la sabe usted! ¿Cuándo acabará esto, Dios mío? Porque son inocentes...

Tanto su cuñado, Aurelio, más dueño de sí, como nosotros, procuramos calmar ese dolor de Manuel Azaña.

La tarde va declinando poco a poco. A la cárcel no llegan noticias para libentar a los detenidos. La ansiedad de los familiares es mayor con cada minuto que pasa.

Con el fin de inquirir noticias en otros lugares, abandonamos la prisión...

Otra vez en el auto. Los grupos de curiosos que había en el puente de Madera, van desapareciendo. El taxis nos lleva a un sitio; a otro... Hacemos alto en todas partes donde creemos encontrar un indicio de información. El Juzgado trabaja todavía. La noche cae sobre nosotros y entones dudamos, por unos instantes, en conseguir la información que anhelamos.

EN LIBERTAD

Al fin, a las seis de la tarde aproximadamente, llega a nosotros la noticia de que el Juzgado se va a trasladar a la cárcel. En la Plaza del Altozano, rápidos, subimos en el taxis de Antonio, que está con las manos sobre el volante. Y ordenamos:

—A la cárcel.

—A buen sitio me llevan, nos contesta.

(Continúa en segunda página.)



Florencia Sotos con sus hijos Manuel y Francisco Azaña, su familiar Aurelio Martínez y nuestro redactor señor Linares, momentos después de abandonar el automóvil cedido por éste a la salida de la cárcel.

nes—lleven el espíritu de la calle en las dos versiones que circulaban.

Nosotros, al hacer exposición de los hechos quedamos situados en ese plano de imparcialidad que debe ser norma de todo diario que se precie de bien informado.

La declaración prestada por el "Pitiso", que fuimos los primeros en publicar y la de la vecina, no publicada por ningún periódico, han sido datos, sin duda alguna, que han pesado grandemente para el esclarecimiento de los hechos.

La opinión, en los días pasados, estaba completamente apasionada y era nuestro deber emplear toda la cautela posible en las informaciones para que estas no sirvieran de alimento al incendio voraz que había en la calle. Así fueron los relatos que hicimos, aegedores de todo aquello que hiciera resplandecer la verdad de la justicia.

Si lamentable es que un hecho delictivo quede en la impunidad, es también doloroso que paguen culpas aquellos que no las cometieron.

La verdad de los hechos, lo primero. Y, al fin, la justicia por encima de todo.

estando al tanto en todo instante de la labor que las autoridades judiciales venían realizando dentro, naturalmente, de las mayores reservas.

A media tarde, aunque todavía sin fundamento alguno, comenzó a circular el rumor de que los detenidos iban a ser puestos en libertad. Uno de nuestros redactores se trasladó a la cárcel. Los alrededores, a las cuatro y media, se hallaban invadidos por gran número de curiosos que esperaban la salida de los detenidos.

En la prisión fuimos recibidos atentamente por el administrador del recinto penitenciario, quien nos dijo que el Juzgado no había comunicado orden ninguna para libentar a los detenidos y que estos continuaban todavía incommunicados, ignorando la decisión que el juez instructor podía adoptar.

EN LA PUERTA DE LA CARCEL

En el patio de la prisión, frente a la puerta que da al rastrillo, vimos un automóvil de la matrícula de Madrid.

Inquirimos para saber a quien pertenecía y se nos manifestó que era del



Francisco Azaña con su madre Florencia Sotos, la que tiene en brazos a su nieta, hija de la desgraciada Josefa Portero (Fotografías, al magnesio, obtenidas por nuestro compañero Belda (hijo)